

"Yo —se dijo el principito—, si tuviera cincuenta y tres minutos para gastar, caminaría tranquilamente hacia una fuente..."

A. SAINT-EXUPÉRY

PARÍS... LA CIUDAD DE LA LUZ

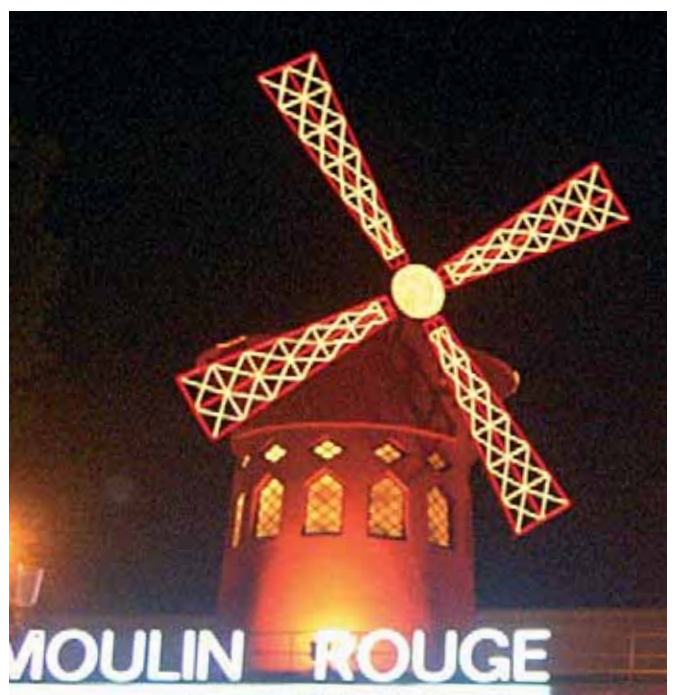


A París hay que acudir dedicando tiempo a pasear y a la ilusión, actitudes para sentir en plenitud y saborear lentamente una ciudad que vive mucho de la exhibición.

París es más que soberbias iglesias sean de cúpulas blancas, con vidrieras infinitas o con gárgolas y quimeras sin jorobado que las custodie. Sacré Coeur, Sainte Chapelle, Madeleine y Nôtre Dame, km. 0 de la capital, conforman una jugada difícil de igualar por otros lugares, Saint Germain des Pres, Saint Sulpice... etc. que también merecen visita antes de llegar a la Trinite para bendecirte el pasaporte al *París la nuit* del can-can.

Y es que en lo alto del barrio de Clichy, la plaza del Pigalle, iluminada de neones "rouge" y con "moulins" reconvertidos en escape-rate de picardía, se recibe ahora el peregrinar de autobuses como punto de fotos a toda la galería de fauna nocturna que por allí pulula haciendo gala de tangas imposibles que te invitan a espec-

táculos seguramente divertidos y desde luego más asequibles que los cabarets (Crazy, Folies o Lido). Durante el día es mejor dedicarse a ver museos que los hay de toda índole pero los fundamentales y que definen son: el Pompidou (Beaubourg) con su disposición colorista, el d'Orsay, expresando ya su singularidad con el negro de sus estatuas a la entrada y por supuesto la grandiosidad tanto en planta como explanada, y que no por ello diluye la emoción de las maravillas que guarda tras descender por su pirámide de cristal, el Louvre, para convertir en realidad no sólo historias de códigos sino tangibles casi todas las épocas de arte.





Los puentes son otro punto de especial atención: Bir Hakeim, pista de Jules y Jim, el Alejandro III, fondo tipo de anuncio de colonia navideña o el antiguo Neuf o mejor aun el romántico St. Marie, corazón de promesas, porque la verdad es que una chica que no haya sido besada en París es que aun no la han besado. Claro que si no se da esa ocasión lo mejor es optar por una línea mas lúdica y cumplir el ritual de mirar desde los múltiples cafes: los zinc o bistro, "un *noisette, garçon*"... o relajarse en las tumbonas a orillas del Sena en su playa artificial, y dejarse llevar refrescándose periódicamente con el agua pulverizada que duchas móviles descargan es otro más de los *petit plaisir*.

Ya entonces París te tiene atrapado sin todavía usar a ninguna Ninette de ojos claros o violetas, como los de la mayoría de las parisinas, pero si luciendo a la Casta, símbolo galo por excelencia, que silueteada con un ajustado traje negro te invita a recorrer su ciudad en diferente perspectiva. Aquí la tendencia femenina es clara, Au Printemps, La Samaritaine y LaFayette son expresivos para la parisina quien aun para ir a comprar una simple "baguette" hace del carmín un elemento tan esencial como para el turista tener a mano "vittel" o "evian" y eso sin aludir *delicatessen* tan suaves como seductoras.

Con su trazado recto nadie debe temer perderse, huir del metro pese a sus entradas *art nouveau*, lo mejor es deambular sin rumbo y toparse con la decoración de los anónimos escaparates de las tiendas. Una ciudad que tiene coherencia en el mensaje y diseño de las placas "du rue", dando nombre a las ideas de Haussmann y

Contrasta mirar con sol los dorados del remate de muchos de los monumentos, la "Opera Garnier", los "Palais"... etc. pero el cielo de la tarde en París es muy cambiante y se puede volver tan pronto gris como naranja de manera que para gozarlo multitud de sillas metálicas están dispuestas en cualesquiera de sus jardines: Tullerías, Luxemburgo, de Royale..., donde las parejas se amodoran o bien mantienen tono mientras se distraen hojeando cualquier libro, porque en París todo el mundo tiene entre sus manos algo que leer. Y están sus plazas, sean de duelistas, como la de des Vosges, o con resonancias históricas, la Bastilla o el nudo de la Concorde, llegando a comprender la fijación que tiene esta ciudad por los carruseles, emplazando uno en cada *arrondissement*.





en la que tan pronto te encaramas a la figura de St. Eustache como te ensimismas con las figuras giratorias en homenaje a Stravinsky, el arte está en todas las calles: mimos, comefuegos, patinadores... pero para estar enterado de todo hojear las revistas de distribución gratuita: Pariscope, L'official...

Sin embargo la ciudad se vuelve seria e intelectual en su rive droite, con su Panteón y Sorbona, viviendo también con la amenaza del atentado; evidencias de que existe el miedo latente son su policía (*le flic* en el argot) con el dedo presto en el gatillo patrullando monumentos, o papeleras urbanas que son simples bolsas transparentes... Pero París también protege el amor como anuncian sus mamparas urbanas y la magia vuelve pese a la omnipre-



sente lluvia y te emociona cada anochecer con un centelleo puntual visto en la lejanía que sin embargo momentos de vértigo a mi me impiden poder tocar el cielo, gracias sr. Eiffel por ese pedazo de faro, divisor del Campo de Marte y el Trocadero. Y volvemos a sus barrios, jewish en "Le Marais", en la rive gauche el "Latino" con todo su ruido y alegría desde St. Michel y como olvidar los aduquines, final de tour nada cómodo, de *leschamelisí*, tal y como se lee porque aquí no son los Campos Elíseos.

La atmosfera te impregna e incluso si se diera, llegarías a fumar "Gitanes" o "Gauloisses" para emular a Renó o Autiel, y ligarte a la chica con la camiseta del Herald, o mejor aun compartir un bombón con una caperucita parecida a Binoche, merci pour chocolat. Estar por París es escuchar un acordeón a ritmo de vals y encontrarte con Amelies que te susurren canciones de Bruni o Peireaux, aunque ninguna sea francesa, mientras degustas un café en sus buhardillas que son cofres de secretas historias de amor. Es París también los puestos de viejo, *le bouquinistes* en contraste al concentrado, la exquisitez y lujo de las joyerías de "La Vendôme" con sus faroles colgados presidida por un estilista Napoleón y vigilada en la distancia por una Juana amazona, y es las tiendas, "overture 24 h" de fruteros multirraciales, y es el lado alborotado de "St. Denis" donde esperan, dulces lrmás a Néstor, en definitiva el contraste y contrapunto.

París es todo lo que uno se pueda imaginar, tiene ese toque especial que reflejó, *mise en scène*, Truffaut, y por eso mi particular homenaje fue ir a recordarle y darle las gracias, ya que por tético que parezca nadie debiera abandonar París sin transitar por alguno de sus cementerios como puede ser Montmartre o Pere Lachaise en el que la figura de Victor Noir se ha convertido en una atracción por sus poderes intuitivos y expresamente sentidos por algunas.

París no tiene fin, pero agotado acabas otra jornada junto a una fuente y contemplas un pequeño velero alejarse, y luego te asomas al Sena mientras lo baten las palas de los "Batteaux", para acto seguido vislumbrar y despedirte con el desfile de monumentos iluminados.

El corazón se te queda atrapado, para muchos escondido en la Sala de los Pasos Perdidos en un pasillo con togas al que precedían las palabras: "Liberté, Egalité et Fraternité", y es que París es la República pero reina "Le chat noir".